

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Propagacion del protestantismo en Europa.

El margrave Alberto de Brandeburgo, gran maestre del Orden teutónico (1511), fué de los primeros que entraron en la liga protestante. Desde 1466 la Prusia occidental pertenecía á la Polonia, y lo demas del mismo país era un feudo tambien polaco. Á pesar de las muchísimas instancias que se le hicieron, se negó Alberto á reconocer la soberanía del rey Segismundo, que lo atacó, al fin, en 1519, en cuya ocasion, viéndose aquel privado de los socorros que se le habían prometido, se vió obligado á someterse, y gracias á la intervención del emperador, obtuvo en Cracovia un armisticio de cuatro años (7 de Abril de 1521). El papa había intervenido tambien para reconciliar á los dos partidos, pero no renunció por esto Alberto á sus proyectos de independencia. En 1522 partió para la Alemania, acompañado del obispo de Pomerania, Jacobo de Dobeneck, y del de Samland, Juan de Polenz, ambos muy inclinados á las novedades religiosas. La dieta de Nuremberg le rehusó los socorros que pedía (1522), pero quiso oír á Osiander, tomó el gusto á las nuevas doctrinas, y recibió á su regreso y en esta disposición de animo, de Lutero y Melancton, el consejo de abolir la que ellos llamaban loca y absurda regla de la Orden, de casarse, y de convertir la Prusia en un principado secular. El consejo fue escucha-

do con gusto. Alberto pidió predicantes protestantes, haciendo instalar aquel mismo año en Königsberg á Juan Brissmann y á Pedro Amando, ambos luteranos. El obispo de Samland, y muy poco después el de Pomerania, se declararon públicamente por el luteranismo (1524), en favor del cual trabajaba con singular actividad el consejero de Alberto, Federico Heideck. Al espirar el armisticio, consiguió Alberto concluir en Cracovia (1525) con el rey Segismundo un tratado de paz, que al paso que mantenía la soberanía de la Polonia, aseguraba á Alberto la herencia de la parte oriental inferior de la Prusia. Cansados los Estados provinciales de sus largas desavenencias con la Polonia, manifestaron un vivo gozo cuando les comunicó este tratado; y el obispo de Samland, respondiendo en su nombre, transmitió la administración temporal de su obispado al príncipe reinante, diciendo que los obispos habían recibido la mision de predicar, y no la de reinar. El comendador de Memel fué el único que opuso resistencia por algún tiempo á esta transformación. Inmediatamente se organizó la nueva iglesia, se introdujo un ritual en lengua polaca (1526), estableciéndose en Königsberg Juan Sedusiano, predicante de las nuevas doctrinas. El duque Alberto hizo saber su separa-



ción del Orden teutónico y de la Iglesia católica por medio del acto solemne de su matrimonio con Dorotea, hija del rey de Dinamarca (1526), acto que trató de justificar en una apología de su conducta, llena de groseros desprecios hacia la Iglesia. El papa protestó, provocando al emperador á que castigase aquella criminal apostasía. Pero en vano declaró el emperador á Alberto fuera de la ley del imperio; en vano protestaron los miembros del Orden, privados de sus derechos: la extraña conducta del rey Segismundo hizo ineficaces sus esfuerzos. Alberto adoptó la confesión de Ausburgo (1530), fundando en Kenigsberg, para tener un plantel luterano, un seminario que llegó á ser muy pronto una floreciente universidad. El rey de Polonia le dió la sanción que no podía obtener del emperador. Al poco tiempo se hizo el teatro de las discusiones teológicas de Osiander. Alberto, fundándose en el principio subversivo de toda libertad de conciencia: *Cujus regio, illius religio*, obligó á los súbditos de sus Estados á que abandonasen la Iglesia que los sacara en otro tiempo de la ignorancia y de la barbarie, y á la muerte de este príncipe se hallaba el protestantismo sólidamente arraigado en Prusia (1568).

La Silesia permaneció unida á la Polonia hasta 1163, desde cuya época fué gobernada por duques independientes. Juan, rey de Bohemia, supo aprovecharse tan bien de las disensiones interiores del país, dirigiéndolas él mismo, que desde 1335 (á excepcion de los ducados de Jauer y de Schweidnitz y de las posesiones del obispado) toda la Silesia reconoció la soberanía de la Bohemia. Poco tiempo despues, en 1342, el obispo, y en 1392, los duques de Schweidnitz y de Jauer, siguieron el mismo ejemplo. Habiendo perdido los bohemios á su jóven rey Luis II en la batalla de Mohacz (1526), durante las turbaciones religiosas de los luteranos, eligieron por rey de Bohemia y de Hungría al archiduque Fernando, hermano del emperador Carlos V.

La decadencia de la vida religiosa y eclesiástica, tan notable en el siglo XV en una gran parte de los Estados de Europa, y debida á la depravacion del clero y al espíritu munda-

no de los obispos, se hizo sentir vivamente en Silesia. La inmediacion y alianza de la Bohemia, fuertemente trabajada por los hussitas, no podian dejar de ejercer su influjo en la Silesia. Preparada ésta de ese modo para las agitaciones religiosas, abrazó de las primeras el luteranismo con tanta mayor eficacia, cuanto la reforma luterana empezaba por seducir por su misma naturaleza á los príncipes, á los legos y á los eclesiásticos sensuales y voluptuosos. Esto fué lo que en todas partes abrió la puerta y sirvió de apoyo á las doctrinas de los reformadores. El clero de Silesia dió el ejemplo de la apostasía; el obispo Juan V (1506-1520) olvidó en tales términos su deber y su mision, que fué de los primeros que sostuvieron una deplorable correspondencia con Melancton y Lutero, de quien mereció este triste elogio: «Con obispos como Juan, el Evangelio se propagaria rápidamente por Alemania.»

Dícese que fué el religioso agustino Melchor Hoffmann el primero que (1518) esparció las semillas del luteranismo en las posesiones del baron de Zedlitz, en el ducado de Jauer. Pronto halló un compañero en Freistadt, en la persona de Juan de Reichenberg, amigo de Melancton. Pero lo que produjo el progreso del luteranismo en Silesia, fué la conducta de la capital de la provincia, Breslau, cuya municipalidad se declaró en seguida abiertamente por la doctrina luterana. De resultas de un conflicto con el cabildo catedral, la municipalidad echó (1521) á los vicarios de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, haciendo que predicasen en ella predicantes luteranos. Se permitió al populacho (1522) que se burlase impune y públicamente de los misterios de la Iglesia, que parodiase sus ceremonias, y que llevase en tono de burla el traje de los frailes, de los sacerdotes y de las religiosas. La misma municipalidad echó tambien á los Bernardos de su convento, apoderándose asimismo de otros bienes eclesiásticos. Es verdad que el rey Luis decretó su restitucion; pero la inminencia del peligro con que los turcos amenazaban el reino hizo ilusorio su decreto, y nulos los esfuerzos que hicieron el papa Adriano VI (*epist. die 23 julii* 1523), el obispo Jacobo de Salza (1520-39)



y el rey de Polonia Segismundo, para conservar la Iglesia católica. El Concejo, envalentado, echó al digno maestro Joaquin Zieriz, instituido por el obispo en Santa María Magdalena, nombrando en su lugar predicador de la catedral de Breslau al doctor Hess (1523), que acababa de proclamar la doctrina luterana desde el púlpito de Nuremberg, su pueblo natal. Al mismo tiempo mandó el concejo que compareciesen ante él los capellanes de Santa Isabel y Santa María Magdalena, y les declaró formalmente que en lo sucesivo no tenian que reconocer más superior que el doctor Hesse, dejando á un lado todas las doctrinas humanas y vanas interpretaciones de los Padres (1524). Y en este clero cobarde é indigno de su alta mision, no hubo nadie más que el prior de San Alberto, el doctor Sporn, que se atreviese á oponerse á estas exigencias, y á declarar que al obispo y no al magistrado era á quien correspondia indicar la manera con que debia predicarse el Evangelio. Sporn fué echado de la ciudad. El obispo intervino, oponiéndose á la instalacion del doctor Hess, y sosteniendo con este motivo una fuerte polémica; pero no tuvo el carácter serio y firme que convenia á un obispo. Y así fué que el concejo continuó sus violencias, destruyendo hasta los cimientos el soberbio monasterio de los premonstratenses en el monte Elving (1529), bajo el frívolo pretexto de que los turcos podian ocultarse detras de sus muros, y haciendo despojar á las iglesias de sus ricos ornamentos y piedras preciosas. Los duques de Silesia, de Liegnitz, Federico II y sobre todo el de Brieg, imitaron el ejemplo de Breslau. Federico llamó de las inmediaciones predicantes luteranos (1524), que fueron establecidos en Goldsberg y en Liegnitz, mandándose de orden del duque que en lo sucesivo se predicase *evangélicamente*. Del cumplimiento fiel de esta orden debia depender la abolicion de los impuestos que el pueblo pagaba al clero. Se expulsó del país con sus hermanos de Orden al P. Antonio, carmelita descalzo, que continuaba predicando el dogma católico. En Grossglogan, los llamados evangelistas ejercieron las más brutales violencias contra los católicos y sus iglesias. Estas tristes escenas se

renovaron en Schweidnitz y en otras partes del país, triunfando muy pronto, segun refiere Menzel, el luteranismo en toda la provincia, y ejerció un extremado rigor con respecto á los católicos. Porque, como observa el mismo autor, donde reinaba el protestantismo, reinaba la intolerancia, miéntras que en los Estados hereditarios del emperador, en Austria, en Bohemia y en los países vecinos gozaban los protestantes de los derechos civiles y eclesiásticos, y hasta habian llegado á dominar solos en una parte considerable de la Silesia.

Más arriba dejamos indicadas las causas de esta rápida propagacion del luteranismo, á las cuales pueden añadirse las siguientes:

El rey Fernando I (1526-64) estaba sinceramente decidido por la causa católica, y su carácter enérgico prometia un sólido apoyo á la Iglesia; pero su autoridad, enteramente nueva, era demasiado débil todavía para oponerse eficazmente á la introduccion de las doctrinas luteranas, al paso que su actividad se hallaba por desgracia demasiado ocupada con los turcos. Los obispos, que debian ser las verdaderas columnas de la Iglesia, y cuya influencia debia ser tanto más preponderante, cuando desde 1526 gozaban de un poder político mayor que antes, envueltos por esto mismo en los negocios del siglo, y, participando de su espíritu y de sus pasiones, ó no guardaban en las funciones sagradas la gravedad necesaria en una época tan crítica, ó lo que es peor, eran secretamente favorables á la reforma luterana, en cuyo sentido se hubieran pronunciado, á no ser por el temor de perder de este modo rentas considerables. El clero parroquial, por lo comun tibio ó corrompido, no hallando ya en sus superiores modelos ó apoyo para el cumplimiento de los deberes sacerdotales, se hallaba poco dispuesto á oponerse á los violentos decretos de los duques y magistrados. De aquí resultaba, por ejemplo, que entre el clero reunido en el círculo de Brieg, Ohlau, Strehlen y Nimptsch, no se encontraron más que tres sacerdotes, de Senitz, Colo y Kupferschmidt, dignos de este nombre, que prefirieran el destierro á la apostasía, negándose á obedecer las órdenes de Federico. En fin, detras del alto clero mundano y



del clero inferior corrompido, venia la turba de frailes y monjas que no se cansaban de celebrar las maravillas y propagar las máximas de la reforma luterana, que les concedía el mas caro objeto de su deseo!—¡una mujer!—¡un marido!

Muy pronto se suscitaron disensiones entre los luteranos de la Silesia, como entre los de todas las demas partes, en especial sobre la doctrina de la justificación. Gaspar Schwenkenfeld, consejero del duque Federico II y canónigo de Liegnitz, fué su principal campeón.

Aunque las emigraciones de los hussitas y de los hermanos moravos habian preparado en cierto modo el terreno de la Polonia para la obra de la Reforma, encontró ésta graves dificultades en su marcha. El rey Segismundo I (1501-48) se hallaba, en efecto, sinceramente decidido por la Iglesia católica, y se esforzó con todo su poder en rechazar la invasion del protestantismo en la Polonia, que tenía entonces el sentimiento profundo y verdadero de la catolicidad. Tomó serias medidas desde que observó que, tanto allí como en otras partes, los jóvenes que habian estudiado en Wittenberg volvian con algunos tratados de Lutero y los extendian. La Dieta de Thorn (1520), decidió que nadie pudiese tener en su poder las obras de Lutero. Se estableció, además, una comision encargada de la pesquisa de libros heréticos. Juan Laski, arzobispo de Gnesen (1521), y Andrés Krzycki, canceller de la reina Bona, y despues obispo de Przemysl (1524), enérgicamente protegidos por Segismundo, aparecieron entre los más celosos defensores de la fe católica. Sus esfuerzos, sin embargo, no pudieron evitar que el luteranismo se propagase, primero en la universidad de Cracovia por Martín Glosso; despues en Posen por Juan Seclusiano, que fué el primero que terminó la impresion de una traduccion polaca del Nuevo Testamento (1551-52); en Dantzig por el fraile Jacobo Knade (1518), cuyos sermones arrastraron á los ciudadanos hasta á pedir permiso formal para ser instruidos segun los nuevos principios (1525). Es cierto que Knade se vió obligado á huir; pero muy pronto fué reemplazado por hombres que participaban de sus doctrinas. Los luteranos más

ardientes sufrieron la muerte; otros recibieron la órden de salir de la ciudad en el término de quince días, sin concederse más que veinticuatro horas á los monjes y religiosos casados. Con tales medidas no se consiguió más que exasperar á los habitantes, que se pronunciaron por las nuevas doctrinas tan frenéticamente, que el rey se creyó obligado á obrar con más prudencia por temor de perder la ciudad. De Dantzig se comunicó el luteranismo á Thorn y á Elbing. El sínodo de Petrikau, para evitar que el luteranismo se propagase por el llano, hizo buscar á los partidarios de Lutero, y que se tomasen todo género de medidas contra los fautores de la herejía. Así es que no podia ejercer ningun cargo público en Polonia el que hubiese estudiado en Wittenberg (1534).

A pesar de esta vigorosa resistencia, á la muerte de Segismundo I se habia propagado el protestantismo por muchas partes de la Polonia con el patrocinio de los nobles y de los llamados libres pensadores: bajo su sucesor Augusto II (1548-72), llegó á Polonia una tropa de hermanos bohemios, expulsada por el rey Fernando. No siendo tolerados allí, tuvieron que dirigirse hácia Marienwerder. Sin embargo, mostrándose el nuevo rey ménos decidido contra la nueva doctrina, llegó á ser la Polonia el punto de reunion de todas las sectas: de los bohemios, luteranos, unitarios (sicinianos), venidos de Suiza y de Italia, y reformados, entre los cuales se distinguian el confesor de la reina, Bona, el franciscano Lismanin y Juan de Lasko, que habia hecho mucho papel en Inglaterra. El principe Radzivill, de la Lituania, decidido por la secta de los reformados, hizo traducir la Biblia en el sentido de su secta en lengua polaca (1563), á la manera de los luteranos á quienes habian imitado los católicos desde 1556.

En 1555 se reunió en Petrikau un concilio nacional polaco, formado de los delegados de las provincias bajo la presidencia del rey, en el cual se acordó oír el parecer de los obispos católicos y de los teólogos protestantes, convocando á Melancton, á Lasko, á Calvino y á Beza y formular un símbolo. El rey sancionó estas extrañas resoluciones, suplicando al papa Pau-



lo IV le autorizase para mandar decir misa en polaco, para reunir un concilio nacional, y para abolir las anatas. Como era de esperar, fué desechada semejante súplica. El peligro se hacia cada vez más grave para la Iglesia, porque la nobleza polaca, muy libre en sus ideas y enteramente protestante en sus disposiciones, ejercía un dominio casi absoluto sobre sus vasallos aun bajo el aspecto religioso; pero las violentas contiendas que estallaron entre los diversos partidos religiosos produjeron una impresion desfavorable en el país, manifestando claramente á las personas razonables que el protestantismo acabaria con la unidad polaca, amenazando, por consiguiente, la existencia del reino. Para prevenir este peligro, los partidos religiosos, no ménos opuestos entre sí, que contrarios á la Iglesia católica, se reunieron en concilio en Sendomir (1570) y firmaron un símbolo de la manera más vaga y general. Fortalecidos por su union, llegaron durante el interregno que siguió á la muerte de Segismundo Augusto, á concluir la paz religiosa de Varsovia (1573, *pax dissidentium*), segun la cual, católicos y disidentes debian vivir perpétuamente en paz gozando de los mismos derechos civiles. Elegido rey Enrique de Valois, debió jurar la conservacion de la paz. A consecuencia de su regreso á Francia, se eligió al principe de Transilvania, Estéban Bathory (1575-86), el cual, estando en relaciones con teólogos católicos instruidos, se mostró más celoso por los intereses de la fe, aunque sin pronunciarse de una manera fuerte y decisiva, por no poder negar la libertad de conciencia y de cultos que Segismundo Augusto habia concedido á las ciudades de Dantzig, Thorn y Elbing, mucho tiempo hacia favorables al protestantismo. La Iglesia, sin embargo, se vió todavía más amenazada y expuesta á mayores pruebas cuando Jacobo Uchanki, arzobispo de Gnesen y primado de Polonia, se atrevió á favorecer públicamente la herejía, preparando un rompimiento, mas peligroso entonces que nunca, con Roma, con el cual hacia muy difícil la posicion del legado Lippomani (desde 1556) y de Commedon.

Pero Segismundo III, rey de Polonia y heredero al propio tiempo de la corona de Suecia,

reanimó las esperanzas de la Iglesia, fortificó al partido católico é inauguró una vigorosa reaccion contra los protestantes. Dios le suministró por otra parte poderosos auxiliares en las personas de sacerdotes eminentes por su fe, por su energía y por su ciencia, tales como el obispo de Ermland (m. 1559) y Estanislao Hosio, que por su enérgica resistencia á los esfuerzos de la herejía, por su fe y por su piedad supo afirmar á los polacos en la creencia de sus padres, y logró tan gran consideracion en la Iglesia universal, que tuvo el honor de presidir por algun tiempo, en calidad de cardenal, el concilio de Trento, del cual llegó á ser una de las principales lumbreras. Sus escritos polémicos pertenecen á los mejores trabajos de la época, y el liceo Hosiano de Braunsberg recuerda hoy todavía sus esclarecidas virtudes y su celo apostólico. Tal fué tambien Estanislao Karnkowski (m. 1603), arzobispo de Gnesen y primado de Polonia, que escribió con noble libertad á Segismundo Augusto: «Esfuézate sobre todo en seguir el ejemplo de tu padre y de tus piadosos antepasados, conservando intactas en tu reino, así como en tu corazon, la antigua fe y la antigua religion católica.» Estos hombres fueron tambien á su vez felizmente secundados por los jesuitas, cuya Orden se habia establecido rápida y sólidamente en Polonia, donde tenia ya un gran número de colegios. Uno de los jesuitas más activos y beneméritos en la lucha contra el protestantismo fué Jacobo Wujeck (*Vangroviensis*). Despues de haber hecho profundos estudios filosóficos y científicos en las universidades de Cracovia y de Viena, y de aprender las matemáticas en Roma, entró en la Compañía de Jesus, manifestando un celo extraordinario como escritor y predicador en los colegios de Posen, de Clausenburgo y de Cracovia. Tradujo con la proteccion especial del arzobispo Estanislao Karnkowski la Biblia en polaco con tan buen éxito, que su traduccion es hoy todavía la única que aprueba la Iglesia católica (m. 27 de Julio de 1597). Dividió sus trabajos con otros tres religiosos. Uno de ellos, el P. Pedro Skarga, jesuita (m. 1612), teólogo de talento claro y metódico, de fuerte penetracion y de erudicion sólida, orador elocuen-